

### CAPITULO XIII.

Sed de venganza.

No bien habia salido el señor Landeta del cuarto de Clotilde, cuando se encontró con Duval, que acababa de entrar á la sala.

—¿Ocurre alguna novedad, querido amigo?—Dijo el infame s6cio del doctor, alargando la mano á D. Emilio.—He recibido el recado que vd. me envi6 para que viniese, y no he querido detenerme un momento.

—Gracias.

—¿Pero ocurre alguna novedad?

—SÍ, y de una importancia extrema para la salud de mi pobre protegida.

—¿C6mo! ¿Se encuentra ya mejor?

—No; pero la novedad consiste en que he meditado un medio que considero infalible para reanimar su vida. Es el 6nico que puede hacerla permanecer en este mundo, que se encuentra pr6xima á abandonar.

—¿Pero cu6l es ese medio?

—Es una medicina moral, que vd. puede contribuir á proporcion6rmela.

—¿Yo?

—SÍ, vd.

—¿C6mo?

—¡Ay, amigo mio! Vd. ha visto que he apurado todos los recursos indicados por los facultativos; que nada he omitido que pudiese contribuir al deseado enlace con vd.; que he usado de las s6plicas y aun del rigor, para que arrojase de su corazon la memoria de un hombre, cuyo apellido creia manchado con la infamia; pero todo ha sido in6til. La razon y la gratitud, combatiendo de continuo su naturaleza, han concluido por destruirla y aniquilarla.... Solo, pues, queda un remedio para salvarla; pero para aplicarlo, deseo contar con la voluntad de vd., que es el motivo por el que me he to-

mado la libertad de suplicarle viniese á verme.

Duval comprendió que se trataba de hacerle desistir de su empeño en poseer á Clotilde, y aunque sintió encenderse en su corazón el fuego de la ira y del despecho, trató de dominar sus bastardos sentimientos; ocultó, bajo un exterior compasivo y amable, el enojo de que estaba poseído. Diestro en dar á su fisonomía el aire y gesticulación que requería el papel que convenía desempeñar, dejó ver en su rostro la franqueza y la amistad mas sinceras, mezcladas de un tinte de compasión evangélica, y contestó con hipócrita acento.

—¿Ha podido vd. dudar alguna vez, querido amigo, del empeño que tomo por su felicidad? El cielo es testigo de que en la alarmante enfermedad de la mujer que adoro, he padecido al par que vd.... que como vd. hubiera dado la mitad de mi sangre por que recobrase su interesante salud, y de que estoy dispuesto á los mayores sacrificios, á cuanto juzge vd. necesario para conseguirlo. ¿Cuál es, pues, ese remedio eficaz

que existe, y que para aplicarlo se desea contar con mi voluntad? Hable vd., que desde este instante lo otorgo.

—¡Ah! ¡me devuelve vd. la alegría!—Exclamó D. Emilio agradecido á la fingida generosidad de su interlocutor. — Temía con mi petición se enfriase su amistad para conmigo; pero veo, con placer, que me he equivocado, y que es grande y verdadera, como yo la deseo, como es la mía para con usted.

—Solo anhelo que se presenten motivos para afirmarle á vd. en esa opinion.

—¡Ah! el de ahora es mas que suficiente para estimar sus quilates.

—Hable vd., pues, sin titubear. ¿Qué desea. vd. que haga por la vida de la hermosa Clotilde?

—Respetar su capricho; dejar que se realicen los dorados sueños de su primer amor... preferir su existencia á la felicidad de vd.; en una palabra, renunciar al plazo puesto para su elección de esposo, permitiendo que se enlace con el jóven que, como ella, padece y sufre.

En el semblante de Duval se operó un cambio completo.

Desde qué empezó el diálogo, se había persuadido que se trataba de que renunciase á la mano de la mujer que codiciaba; pero jamás creyó que se trataba de posponerle á su rival.

Esta circunstancia despertó su orgullo, y casi estuvo para prorumpir en una exclamacion de enojo; pero acostumbrado á dominarse, la ira retratada en su semblante fué instantánea como una exhalacion, y la afabilidad y la abnegacion volvieron á ocupar el lugar que habían abandonado momentáneamente.

—No he tenido mas que un objeto en que cifraba mi felicidad en el mundo; que absorbía todos mis pensamientos, todas mis ideas. Mi vida se deslizaba en alas de la dulce esperanza de aproximarme á ese caro objeto, de hacerme digno de él, de alcanzar su cariño á fuerza de constancia y de obediencia.... Anhelaba ardientemente encontrar la oportunidad de poderle manifestar la intensa pasion que le consagraba aun á

costa de mi felicidad, y estoy resuelto á no omitir sacrificio ninguno, si este sacrificio puede conducir á que se realice la ventura de la mujer que adoro.

—Ese rasgo de abnegacion le honra á vd. sobremanera.

—Pero antes de renunciar á mis ilusiones, á mis ensueños de ventura, á cuanto bien aspiraba en la tierra, quiero que se digne vd. contestar á una pregunta que deseo hacerle.

—¿Cuál?

—¿Cree vd. que mi renuncia á la mano de la mujer que adoro, y la promesa que le haga vd. de unirla con Leopoldo, le devolverán la salud apetecida?

—No lo sé; pero abrigo la esperanza de creerlo así.

—Yo siento no poder participar de esa lisonjera esperanza.

—Pero aun cuando á mí tampoco me halagase, ¿no debo tocar el último resorte que me queda para salvarla? ¿No la veríamos vd. y yo desaparecer del mundo, sin lograr

el fin que nos propusimos, puesto que está desanciada de los facultativos?

—Sin embargo....

—¿Pues qué podemos perder con hacer la prueba de concederle lo que su afligido corazón anhela? La muerte contrariándola es segura, véamos, pues, si complaciéndola se evita.

Este argumento era poderoso, y Duval, no sabiendo qué contestar, respondió con hipócrita abnegación.

—Repito que todo mi afán, todo mi deseo, es verla feliz aun á costa de mi ventura; y ya que ha llegado el momento de la prueba, prueba terrible que exige el sacrificio de mi tranquilidad, de mi soñada dicha, de mi porvenir y de mi pasión, yo le dejo en la libre elección de que obre conforme á los sentimientos de su alma.

—¡Ah! ¡generoso amigo!

—Sí; por mucho que me cueste el sacrificio, no titubeo en consumarle: su felicidad antes que la mía: sea del hombre que ha cautivado su corazón, si esto la vuelve la salud y la alegría.... Solo un recuerdo quie

ro para mí; un recuerdo de compasión cuando mas dichosa se juzgue al lado del sér que, mas afortunado que yo, consigue la inefable dicha de alcanzar su mano.

—¡Ah! permítame vd. que entre á comunicarle este rasgo que le honra á vd. y le enaltece á los ojos del mundo y de ella.

—Sí; dígale vd. que renuncio á cuanto amé sobre la tierra, puesto que es preciso que yo sufra para que sea feliz; pero que este sufrimiento encierra en sí mismo mi mayor consuelo, porque él me hará recordar á todas horas, que he podido contribuir á la dicha del ángel mas bello de la tierra.

—Sí; voy á hacerla saber ahora mismo ese rasgo sublime de abnegación con que le devuelve vd. la vida, y á mí la tranquilidad.

Y D. Emilio penetró en la alcoba de la enferma, satisfecho del resultado de su entrevista.

—¡La muerte es la que yo le decreto!

Exclamó furioso Duval paseándose por la sala no bien se ausentó Landeta.

—Tiempo há que debia haberse consumado.

Dijo presentándose en la pieza un hombre.

—¡Doctor! ¿Vd. aquí? No podia vd. haber llegado á mejor tiempo.

—En efecto.

—¿Ha oido vd?

—Cuanto han hablado vdes.: iba á entrar cuando me detuve á escuchar el interesante diálogo.

—Ha llegado el momento de vengar los desaires que he sufrido de esa mujer á quien conocí por mi mal.

—La cosa es bien sencilla y no presenta compromiso ninguno: aquí traigo un pomito que contiene un líquido admirable, del cual, vertiendo algunas gotas en la medicina que le he recetado, resultará la venganza apetecida.

—Es que yo quiero su muerte antes que verla en brazos de mi odioso rival.

—Ahora es cuando le veo á vd. hablar razonablemente.

—Sí, anhelo su muerte.

—Es lo que debia vd. haber resuelto hace mucho tiempo.

—Lo conozco.

—Así estaríamos ya libres de toda inquietud, disfrutando en Europa de las riquezas adquiridas, y que aquí nos encontramos siempre con el sobresalto de perderlas, y lo que es peor, de ser ahorcados.

—Sí, es verdad: cada dia, en vez de disminuirse los temores, van en aumento. La muerte cometida en el Molino de Flores, ningun resultado ventajoso nos produjo: antes por el contrario, puede descubrirse, y servir de una acusacion mas.

—Sí; fué un asesinato estéril, y cada dia estamos mas expuestos á ser acusados.

—Por eso es preciso que Clotilde sucumba: necesito saber que no existe, para abandonar sin sentimiento este país.

—Ese es el resultado que proporcionan estas gotas; lento para no inspirar sospechas, pero seguro.

—Entonces á administrarlas antes que la compasion vuelva á ejercer su influjo en mi pecho. Clotilde era el único objeto que

me detenía en este país; muera, pues, ya que me aborrece, y marchemos á Europa á disfrutar los ahorros de nuestra industria y trabajo.

El doctor apretó la mano á Duval y penetró al cuarto de la enferma.

El seductor de la hija del baron, saboreando la venganza próxima, dirigió una mirada de ódio hácia el cuarto de la enferma, dejó asomar á sus lábios la sonrisa de los réprobos, y saliendo á la calle despedido y lleno de ira, dijo interiormente dirigiéndose hácia su casa para esperar el resultado de la medicina del doctor.

—Han llamado á mi odioso rival para hacerle comprender su felicidad y mi derrota; pero en vez de la mujer que adora, Leopoldo solo encontrará un cadáver! ¡sí, un cadáver....! ¡Yo encontraré muy pronto en la bulliciosa Europa los placeres que proporciona el oro, y seré mas feliz que lo hubiera sido uniéndome á Clotilde! Pero es preciso que nuestra partida sea pronto: Willey dice muy bien; cada dia en vez de disminuir el número de los que puedan de-

latarnos, se aumenta: la muerte ejecutada en el Molino de Flores, no ha venido mas que á aumentar la lista de nuestros crímenes, pero sin resultado favorable.... Ese asesinato solo nos ha traído mayores complicaciones y ningun remedio.... ¡Oh! sí; es preciso huir á Europa para no vivir temiendo á cada instante la vara de la justicia.... Sí; es preciso agitar el arreglo de todos mis negocios para salir cuanto antes de este país, donde todo se conjura contra mí.

Y Duval apretó el paso engolfado en sus pensamientos de fuga y de venganza.

El temor y el deseo de ponerse lejos del alcance de la justicia, sucedieron en él, al amor y á la confianza.

El, lo mismo que el doctor, consideraban el asesinato perpetrado en el Molino de Flores como un nuevo crimen, que sola habia servido para dar lugar á nuevas acusaciones.

¿Por qué?

En el capítulo siguiente explicaremos al lector los motivos que tenian para pensar de aquella manera.

Pero para dárselos á conocer, suplicamos retroceda con nosotros, por un momento, al dia siguiente en que tuvo lugar el asesinato perpetrado en el Molino.

#### CAPITULO XIV.

Una celada.

Son las cinco de la tarde del siguiente dia al que tuvieron lugar los sucesos ocurridos en el Molino de Flores.

El cielo estaba triste y nebuloso.

Un aire húmedo y frio se dejaba sentir en las calles de Texcoco, que obligaba á los transeuntes á embozarse en sus frazadas ó en sus capas.

Nunca Febrero se ha manifestado tan riguroso y glacial en las bellas regiones del Anáhuac, como se presentó ese dia en que nos encuentran los acontecimientos de que vamos á ocuparnos en este capítulo.

Parecía que el crudo invierno de las he-